



fera; aguaceros torrenciales amenazaron anegar el mundo, pero nada de esto tocó al árbol de la ciencia, ni conmovió el espíritu del bodhisatva, sentado al pie del árbol, absorto en sus meditaciones y no viendo en toda aquella lucha y en los elementos desencadenados, mas que una ilusión de los sentidos. «Podrá todo esto aterrarnos que están debajo del árbol de la ignorancia, pero no al hijo de la raza sákia que sabe distinguir lo falso y aparente de lo verdadero y positivo.»

Mara volvió a reunir su consejo de guerra. Entre los llamados estaban mil hijos de Mara, que se declararon unos conformes con la opinión de Sartavaha y los otros con la de su padre; y después de hablar en pro y en contra de la guerra, sacando a relucir los oradores partidarios del combate su poderío, fuerza y seguridad de triunfo, y haciendo notar los otros la sublimidad del bodhisatva y la imposibilidad de triunfar de él aunque se le atacara con fuerzas mucho mayores, decidió Mara por la guerra y ordenó el ataque. proyectiles de toda clase, entre ellos hasta peñascos, volaron contra el bodhisatva; pero al aproximarse a él se transformaban en flores, y las llamas y venenos que la hueste enemiga vomitaba sobre él formaron una aureola radiante sobre su cabeza.

Mara corría de una parte a otra, retrocediendo ante su contrario cuando se le presentaba como blandiendo una espada y avanzando de nuevo cuando advertía su engaño. Volvieron a llover proyectiles, cadenas, lazos, peñascos, bolas de hierro sobre el bodhisatva, pero quedaron en el aire transformados en coronas y guirnalda de flores que adornaban el árbol de la ciencia.

Entonces el espíritu protervo acudió a la astucia y dijo a su enemigo: «Vé, príncipe, y disfruta de tu dignidad real. Ya que tantos méritos tienes, ¿a qué necesitas agregar a ellos la salvación (de las criaturas)?» A esto le contestó el bodhisatva con voz y en términos enérgicos y claros: «Un sacrificio único te ha valido, ¡oh genio del mal! el dominio sobre el mundo de la sensualidad, mientras yo los he hecho innumerables y grandes por amor de los seres.» Entonces, pidiéndole Mara testimonios de esta aserción y de la vida virtuosa y perfecta del bodhisatva, tembló el suelo; salió de su seno radiante y con brillante séquito la diosa de la tierra y se oyó la voz que decía: «Nosotros, ¡oh grande hombre! somos testigos;» y dicho esto cesó la aparición. Entonces huyeron las bandas de Mara como chacales cuando oyen el rugido del león, pero aquel detuvo a los fugitivos y dijo: «Un ser como éste no es vencido fácilmente (1).»

Mara, para hacer el último esfuerzo, habló con sus hijas, las ninfas seductoras, excitándolas a poner en juego todas sus artes, que habían vencido a tantos santos austeros y los habían precipitado de su altura. En efecto, todas volvieron a presentarse ante el bodhisatva, las unas ligeramente vestidas y haciéndose las vergonzosas, otras desnudas, éstas lánguidas y melancólicas, pero ardientes; aquellas retozonas, bromeando, riendo, bailando y jugando, todas ostentando a su modo sus atractivos corporales. Para atraer al bodhisatva a sus redes, cantaron estrofas amorosas en elogio de la primavera, de la juventud, que conviene aprovechar, de las perfecciones divinas de sus cuerpos, del deseo y del deleite; pero el bodhisat-

(1) La tradición china hace echar mano a Mara del recurso de excitar la ambición terrenal del bodhisatva con la noticia falsa de que Devadatta se ha apoderado de la persona, palacio y trono de su padre; pero el santo varón le contesta que si Devadatta había cometido tal infamia por codicia o perversidad, él trabajaría mas que nunca para salvar a la humanidad librándola de tan malos instintos. La apelación al testimonio de la tierra para certificar la caridad y el amor al prójimo del bodhisatva es importantísima, porque viene a dar a la caridad el primer lugar entre las virtudes y recuerda una célebre leyenda, la de Visvanta ó Vesantara, que expondremos mas adelante.

va la miró y oyó sin conmoverse y les habló con suavidad y dulzura, pero sin apasionarse, haciéndoles ver la vanidad y falsedad de los placeres sensuales, la tontería y temeridad de los que corrian tras ellos y la inutilidad de sus esfuerzos para seducirle a él; «aunque el mundo, les dijo, estuviera poblado exclusivamente de seres como vosotras, y yo viviera entre ellos siglos y eras, jamás se turbaría mi serenidad, ni se despertaría en mí pasión alguna, y mi genio triunfante conservaría su claridad celestial.»

Las ninfas no se desanimaron; apasionadas, encendidas, despechadas, y orgullosas del poder de su belleza, se aproximaron una y otra vez al santo, bailando, jugando, cantando y alabando la firmeza y el triunfo del hombre a quien esperaban atraer todavía a sus redes, donde no el trabajo ingrato de maestro sino el amor, le recompensaría de sus sacrificios y trabajo en los brazos de jóvenes mas hermosas y perfectas que las que pudieran tener los hombres y aun los dioses. El bodhisatva continuó invencible y les repitió con calma imperturbable el motivo por qué había renunciado para siempre al amor de mujeres y a todos los placeres materiales; de suerte que por fin las hijas de Mara se convencieron de la completa inutilidad de sus esfuerzos; su ardor amoroso se trocó en despecho y veneración, entonaron cánticos é himnos en loor del santo, deseándole el cumplimiento de su deseo de salvar al mundo como se había salvado a sí mismo; le saludaron, dieron vueltas en derredor de su persona de izquierda a derecha y se volvieron cerca de su padre para comunicarle el mal éxito de su tentativa, diciendo que aquel maestro de los dioses y de los hombres era invencible y que antes oscilaría el monte Meru sobre su base, se secaría el Océano y la luna se desprendería del cielo que aquel hombre se de jara caer en poder de mujer.

Mara quedó consternado, y apenas quiso creer que los atractivos de sus hijas hubiesen sido impotentes para seducir a su adversario.

Entretanto se oyeron alrededor del bodhisatva voces de mujeres divinas que ensalzaban y glorificaban al santo y otras que imprecaban al espíritu maligno; pero éste, sin hacer caso, volvió a excitar a sus bandas infernales gritando: «Aniquilad a ese enemigo nuestro, que quiere emanciparse y librar a los demás de mi dominio;» a lo cual el bodhisatva contestó con calma y valor: «Ni tú ni los tuyos me quitareis de este trono del conocimiento,» y añadió que los dioses y los hombres, y hasta el mundo de los goces y el cielo de Kâma (2), estaban sujetos a él, por lo cual le ordenaba que se retirase de allí. Mara le replicó que si el bodhisatva era el rey del mundo de Kâma, él, Mara, le daba la ley; y después de varias réplicas y contraréplicas, el espíritu protervo volvió a excitar a sus bandas a un nuevo ataque mas furioso que los anteriores, pero sin inmutar al santo, que estaba convencido de que aunque el triple mundo estuviese poblado de demonios, no podrían tocarle ni a un solo cabello. Como una tempestad horrible arremetió al bodhisatva la hueste proterva rugiendo, aullando y atronando el aire con sus penetrantes gritos de guerra y amenazas, mezclados de voces que decían con sorna, afectando compasión: «¡Estás perdido, hijo; hoy acabamos contigo, aunque admirado y ensalzado por los dioses y los hombres!» y cepas, troncos, peñascos, bolas de fuego, llamas y serpientes venenosas volvieron a atravesar el aire, hendiendo árboles y montañas; nubes de flechas, picas, sables, hachas y cuchillos oscurecían la atmósfera, y entretanto el bodhisatva, el ser purísimo, continuaba sentado en su trono tranquilo é imperturbable, viendo trocarse en flores todos los proyectiles. Sus virtudes perfectas,

(2) Kâma, deseo; dios del amor.

(N. del T.)

sus intenciones buenas, su caridad dadivosa, su perseverancia y valor, su sabiduría profunda, dábanle aquella tranquilidad. Por fin el bodhisatva golpeó con su mano la tierra y del interior salió una voz atronadora que se fué transmitiendo por los espacios y que dijo: «¡A ellos! ¡Aniquilad a esas turbas negras!» Al oír esta voz se aterrorizó el protervo espíritu y emprendió la fuga, que fué la señal de la desbandada de todos los suyos, infantes, jinetes y carros; el terror se apoderó de la hueste infernal; como fieras espantadas huyeron todos los espíritus de las tinieblas, arremolinándose y destrozándose unos a otros, y su jefe, el autor de todo el mal, se quedó solo, abandonado, presa de crueles remordimientos, avergonzado, despechado y envejecido en un instante. Entonces oyó la voz del espíritu del árbol de la ciencia que le dijo: «Anda, márchate aprisa; vergüenza, maldición y desprecio al que persigue al justo.» Al propio tiempo oyó las exclamaciones de júbilo de los dioses y seres celestes que glorificaban al bodhisatva, vencedor de Namuchi (1), el protervo espíritu, y de su hueste. Estas exclamaciones se repitieron como el eco por los espacios hasta el último cielo, y en una lluvia de flores y guirnalda anunciaron al vencedor su triunfo y el logro de la iluminación espiritual suprema.

Mara quedó derrotado; el bodhisatva, sentado en su trono adornado con banderolas y bajo un magnífico quitasol, estaba entregado a la contemplación serena y gozó absorto de la iluminación espiritual que súbitamente inundó su inteligencia, como un foco resplandeciente de luz. Ahogando toda idea sensual, obtuvo un criterio despejado, y desechando todo escrúpulo y duda, concentró su espíritu y se despertaron y aclararon su memoria y su conciencia, ilimitadas y libres de toda pasión. Así pasó los cuatro grados de la meditación profunda, concentrada y santa.

Había pasado el primer tercio de la noche, y el bodhisatva había adquirido vista divina, pues vió la índole y conducta de los seres todos; vió la falsedad y maldad de los unos y la virtud y rectitud de los otros, sus opiniones, palabras y actos; vió cómo los malos corrian a su perdición para volver a nacer convertidos en seres infernales, y cómo los buenos morían para renacer a otra vida entre dioses y en regiones celestes.

Pasó el segundo tercio de la noche y el bodhisatva vió claramente sus vidas anteriores y las de otros; los nombres que en ellas llevaron, la casta y familia a que pertenecieron, la época y el lugar en que vivieron y todo lo que pasaron; en fin, su vista se fué aclarando y ensanchando juntamente con su saber é inteligencia.

Acabó finalmente la tercera y última vigilia, y con el nuevo día cayó el último velo que todavía cubría la vista mental del bodhisatva. Este comprendió toda la vida de las criaturas, todo el mal, su triste suerte, sus nacimientos, sus existencias, su vejez y caducidad y sus muertes. Vió claramente que teniendo que renacer se había de padecer, envejecer y morir; vió que la causa del renacer a nuevas existencias es la necesidad del desarrollo, de la formación y perfección de los seres, y la causa de esta necesidad es el error que toma al mundo aparente por verdadero. El error es el primer eslabon de la cadena de alucinaciones que los seres tienden a sacudir, y sus esfuerzos en este sentido les conducen a nuevas existencias ó vidas con sus penalidades, enfermedades, vejez y muerte.

Cuando el bodhisatva hubo comprendido el eslabonamiento de las causas, y lo hubo desarrollado en su mente, conoció que destruyendo la causa primera, el error, queda-

(1) Namuchi era el nombre de un asura a quien mató Indra. (N. del T.)

rian suprimidas todas las consecuencias; entonces la verdad podría reemplazar al error, y la verdad es el conocimiento de los males inseparables de toda existencia, de la sensualidad, miseria ó cieno de la vida, y de las alucinaciones ó ideas falsas. La verdad es la ciencia de todos los males, de su origen, de su aniquilamiento y del camino que a este aniquilamiento conduce (2).

Con este conocimiento quedó súbita y completamente iluminado el bodhisatva; había alcanzado la ciencia suprema y con ella su emancipación de todas las miserias; había llegado a ser otro Budha (3). Los dioses y los hijos del cielo llegaron de todos lados con flores esperando el momento de hacerlas caer sobre el Budha completo. Entonces se levantó éste, según dice la leyenda, a la altura de siete palmeras y exclamó: «Cegado está el camino (de las penalidades terrenales), la

bruma (de la obcecación) se ha disipado; el cieno (las pasiones carnales) ha perdido su influencia; el mal ha quedado detenido y ha cesado la pena (4).»

Al concluir la voz llovieron tantas flores del cielo que cubrieron el suelo hasta un pie de altura.

El bodhisatva había alcanzado la iluminación sublime y con ella la dignidad de Budha. Entonces se conmovió la tierra seis veces, como se había conmovido en el día de su nacimiento, y en todo el ámbito del universo reinaron la paz, la tranquilidad y la bienaventuranza. «Por mí, pudo decir el nuevo Budha, se han acabado los renacimientos, la vejez, la muerte y la pena,» y perfectamente consciente de este triunfo, permaneció meditabundo é inmóvil la primera semana en su trono. Allí se le presentaron los moradores del mundo de Kâma, numerosas turbas de aparas ó ninfas celestes para presentarle sus homenajes y glorificarle en sus himnos como dios de los dioses y señor supremo. «Mara y su poderío han quedado vencidos, cantaron, ahora podremos saborear el manjar de la inmortalidad.» Acudieron también los hijos divinos de las regiones celestes purísimas, de la luz resplandeciente y del mundo brahmánico, para rendir sus homenajes al triunfador perfecto y glorificarle, cada clase a su manera, con

(2) Los budhistas creyentes de las diversas escuelas dicen que Budha empezó la predicación de su doctrina con la revelación de la santa y cuádruple verdad.

(3) Nombre genérico de un maestro deificado de la secta de los Baudhas, en la cual se cuentan muchos budhas, pero se aplica especialmente a la novena encarnación de Vishnu y al fundador de la religión budhista. (N. del T.)

(4) Según la tradición meridional, dijo el nuevo Budha: «Buscando al arquitecto del edificio he pasado en vano muchas vidas, y el nacer y renacer a nuevas vidas es doloroso. Ahora te conozco, arquitecto, y no recomenzarás tu obra; tus maderos están carcomidos y tu palo maestro está partido; el espíritu ha encontrado la libertad y la pena ha desaparecido.» Por supuesto, el edificio significa el mundo material, que ofusca el espíritu, el cual anhelando naturalmente llegar a la verdad, pasa continuamente por nuevas vidas sin poder librarse de su obcecación. El arquitecto es el autor de esta cadena sin fin de vidas con sus luchas varias para conquistar el fin a que han de conducir. Así explican los comentarios antiguos esta exclamación de Budha, y en este sentido la han traducido Alberto Weber (catedrático de la lengua y literatura de la India antigua) y Max Müller en los *Sacred Books*, tomo X, págs. 42 y siguientes.



Efigie de Budha, en Sanchi.